



DeuCALiÓN

9



DeucALiÓN.

9

DEPARTAMENTO PROVINCIAL DE SEMINARIOS

CIUDAD REAL

MARZO DE 1953

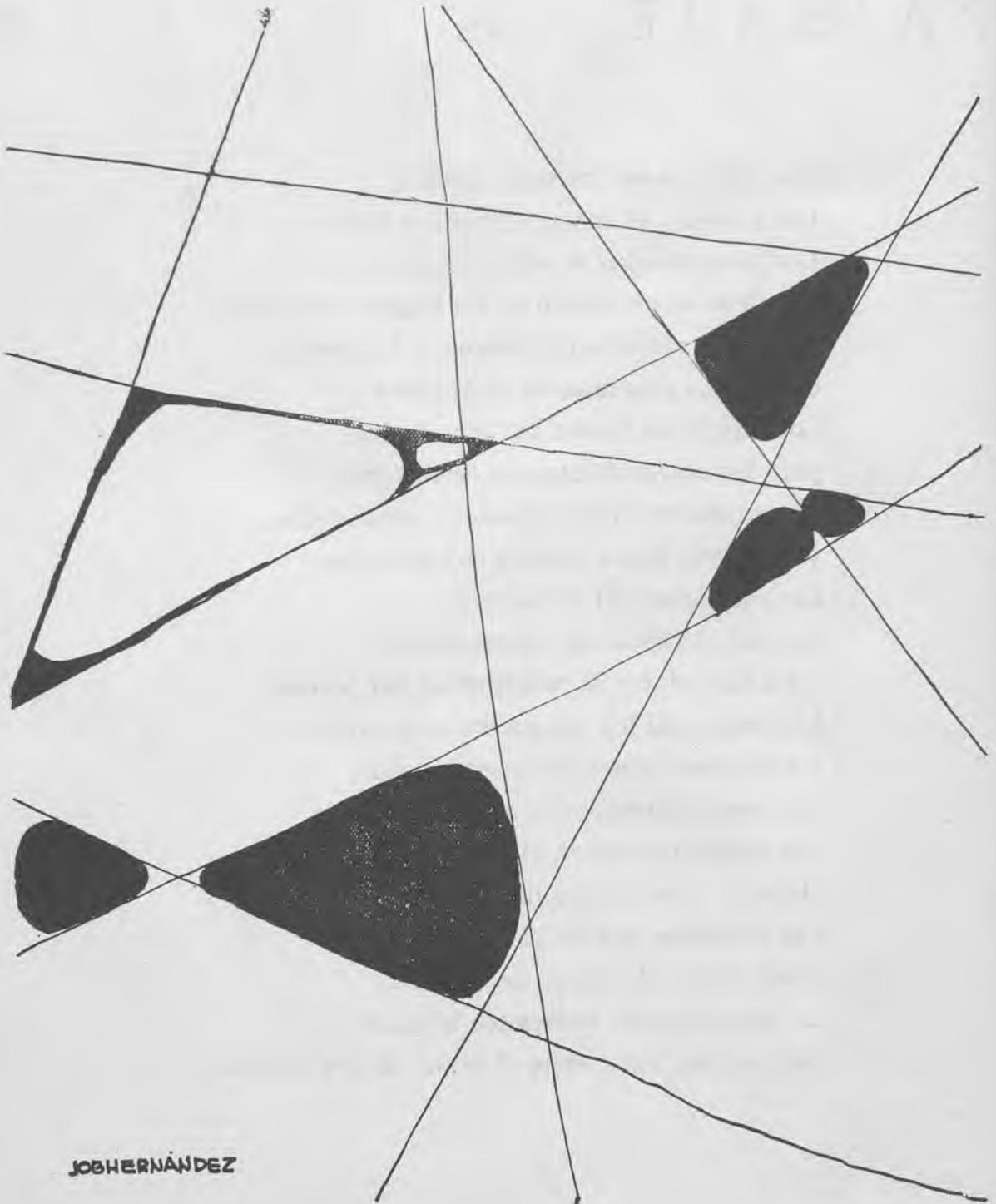
Dirige
Angel Crespo

P A I S A J E

Los niños ya no corretean lejos.
Las gaviotas se ennegrecen junto al río.
Los atemorizados manifiestan su miedo.
Las velas se encienden en los hogares humildes.
El mar se ofrece sencillamente a los barcos
cuando las olas mueren en la playa.
Los hospitales lanzan sus ojos de luz
para las cruces de blancos cementerios.
Los anuncios brillan imitando a las estrellas
y las torres hacen sombra en los tejados.
Las estaciones del ferrocarril
esperan el silbido de los comboyes
y los cargadores se recuestan en las paredes.
Los sueños de los banqueros se oscurecen,
los hombres pobres no pueden soñar,
duermen solamente por que es necesario.
Los poetas descubren otros mundos
alejando el temor que tienen a las cosas...
Las doncellas se entregan simplemente
obedeciendo al destino que ordena.
La luna tranquila contempla la noche
que avanza, lenta, entre el tronco de los árboles.

(Versión de Antonio Fernández Molina)

Antonio REBORDAO NAVARRO.



JOHERNÁNDEZ

LA ATLANTIDA O EL ARTE DE NAVEGAR

1

Debajo de las aguas
entre la deriva distraída de las algas
y la medusa pasajera que transita
su péndulo inarrugable a la superficie,
qué reinas qué templos qué siglos
qué arena que los cubre cuerpo a cuerpo
qué sueños qué ígneos continentes
qué nieblas sumergidas qué Tiempos
qué Espacios qué Eternos qué efigies
esfinges qué cuellos de reina qué labios
de granítico imposible qué marinos
perdidos para siempre
qué reinas, tiempos, intentos, libros, hieroglifos
debajo de las aguas.

2

Hubo una vez una estrella en la frente
del espacio y los camellos que en el desierto
apresuraban su férvido paso,
llegaron a Belén. El miró sólo una vez
antes de Su muerte: fué a un pecador?
A un Inocente
y a una mujer llamada Magdalena.
María Egipcíaca también estaba
pero El no miró más y ella se volvió al desierto

3

Qué arenas qué fiebres qué sueños qué
límite sin tiempo, qué sed enterrada

hasta el fondo de la tierra y los que partieron
al fondo de sus aguas para buscarla!

4

El marino de la pipa de garra
de ibis recogió asimismo un áspid
verde y con ellos no esperó a ser
esqueleto sino que partía... De él regresó
como un brazo perdido sólo un ástil de remo
pero fué suficiente para que Cristóbal Colón
a su vez partiera.

5

Imagínense Ustedes a un sabio leyendo
el «Punch» en aquel Continente... Pero no.

6

Debajo de las aguas
debajo de la desatada corriente de una cabellera
acumulados navegantes —debajo de las aguas—
El Argonauta,
Hércules, Sinuhé, Ulises, El Maya,
El Genovés, Phoebas Fenicio
«par delicatesse j'ai perdue ma vie»
y los marinos perdidos de Cnossos
y los que reman desde el fondo de los siglos
precedidos por el pescador Pedro,
o ayudando en las galeras de Estigia.
Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.
Desde el fondo de los mares sepultados levantando en vano
sus brazos esclavos a la superficie de las aguas
—sargazos, algas—
sus voces nuevamente descienden

de Cádiz. Quizá Hércules también la oía
antes de echarse encima el peso del Atlas.
Y los Yáñez Pinzón en Sanlúcar de Barrameda
regresaron para construir un muelle
de arabescos mayas. En él descargaron
los primeros indios del Continente.
No ídolos de piedra sino ídolos vivos.
Habían venido oyendo la música del mar
todo el tiempo. Pon de nuevo a Chopin.
Un *allegro*.

8

Hace tanto tiempo que recuerdo
que ya estamos muertos. Y ya el Continente
azul sumergido deriva entre sus reinas de un siglo
paseadas eternamente por un cabello orfebre
entre sus tablas de intelecto, sus sabias
pirámides de piedra, su esfinge
con su secreto al cuello en un escarabajo
de lapizlázuli y un papiro inarrugable.
Entre las tiaras de todas las columnas derruidas
de diademas construídas, de colmillos
de serpientes o dientes de cocodrilos...
Entre los siglos, Febas el Fenicio,
el marino del Naufragio Invisible que guardó su sonrisa,
el niño con una piedra muerta, Hércules viejo
bajo su propio peso, Sinuhé peregrino
en el País del Incienso añorando Tebas
o el olor de los peces en las redes del Nilo,
el primer Maya atlante que cruzó el Estrecho
del ancho mar Atlántico, y el último navegante
debajo de las aguas

Oxford, septiembre 1952.

Mario CAJINA-VEGA.



Pintura de Climent,

LA PINTURA

(Trozo)

En la materia beben los pinceles,
se sumergen buscando las raices,
se asfixian en el negro,
respiran en el rojo, buscan, huyen,
dejan en la materia sus señales.

Unos volando surgen,
otros se arrastran por el suelo, vienen
del mundo, de un bolsillo,
han tocado la flor,
son rudos como escobas
o suaves como labios,
han hablado de noche,
de día con el sol han aprendido.

Llegan a los colores con las fauces abiertas,
demuestran en el lienzo sus temores,
vuelan como vencejos por la estancia
en que la creación su olor expande.

Tienen de pronto manos, ojos, tienen
su voz particular con la que exclaman.

Hablo de los pinceles, no me olvido;
sé que muchos son dóciles, domésticos,
que el que más y el que menos dice entonces
movimientos de astros que se forman
colocando las masas en su sitio,
en su lugar los valles con ovejas,
el aire donde puede,

y casas con cortinas
y seminarios tristes
y el pincel en su fábrica.

Mezclan agua con fuego los pinceles,
lo absurdo descomponen,
obligan a la luz a que confiese
sus engaños secretos.
Nos desconciertan rápidos
para explicar abismos,
depositan la cal, la hierba, aceite
radicalmente humano en los tableros,
quieren decir: «Detente, siéntate.
De repente las cosas
como serpientes reptan. Mira, acecha.
Nada está quieto, todo
te dice: Mira, escucha,
todo fluye, camina,
fluye también y mézclate
con lo que circunda.
Dí deprisa: Yo flor, yo teja, engendro,
yo montañas de lobos.
Piensa con los estigmas,
con el hierro da un beso,
habla con las lagartos,
ven, dilúyete, escucha,
la armonía de cuerpos que se muerden la cola
y un día son abismo y otro fruto.
Ven, detente, penetra,
penetra en la materia con los dientes dispuestos».

Hablo de los pinceles que nos hablan.
Arriesgado es salir de la aventura.

Angel CRESPO.

9 4 6 . 4 0 7 c
▶ - 1 1 0 0
9 0 4 8 2 4
9 0 4 8 2 4

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 . + 1 .
◀ 0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 . - 1 .
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 .
◀ 0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 .

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0

mc

LA DAMA DEL TROLEBUS

(C U E N T O)

I

—ANUNCIEME; me llamo Gabino-Alejandro Carriedo.

—¿Vive en...?

—Nueva Paralela a General Mola, número 15.

—¿En aquellas casas nuevas que han hecho detrás de la colonia del Viso...?

—Sí.

—Pues tenga la bondad de esperar.

Cuando me dicen que pase, me encuentro ante un señor calvo, con gafas de concha y aspecto bonachón. Pregunta:

—¿Es usted el que desea inscribirse?

—Sí.

—¿Ha cubierto todos los requisitos?

—Aún no, pero lo haré.

—Bien; siéntese.

Lo hago sobre una punta del sillón y me coloco el sombrero sobre las rodillas.

—¿De qué se trata?

—Verá usted, señor director; como le habrán dicho, yo vivo en la Nueva Paralela a General Mola, número 15...

—Sí; ya sé...

—Pues bien; hace cosa de tres domingos, me levanté como de costumbre en los días de fiesta: a las once de la mañana. Me afeité, me bañé, me puse ropa limpia y monté en el trolebús que arranca de la Glorieta de Sevilla, frente a los estudios del cine.

—¿Alguna discusión violenta...?

—Le ruego tenga paciencia, señor director. Monté, como le digo, en el trolebús que hace el recorrido hasta Sol; estaba citado con un amigo en un bar de la calle de Diego de León, concretamente en el «Xaga». El amigo se llama Félix Gallego y es un alto empleado del Estado. Pero, bueno; esto no viene al caso.

Hago una pausa para encender un cigarrillo y prosigo:

—Iba yo sentado en un asiento de la derecha... ¡Oh, perdón! ¿Usted fuma?

—No, gracias.

Retiro la pitillera.

—Al llegar a lo que constituye la colonia del Viso, subió al trolebús una encantadora viajera; llevaba un saco de viaje, que colocó al lado de sus piernas. Perdone; se había sentado enfrente de mí. Tenía bonitas piernas, señor director, puedo asegurarlo. Era alta, rubia, guapa... Colocó sobre sus rodillas el libro que llevaba: «Poemas», de Juana de Ibarbourou. Yo tarareaba una canción francesa; no sé por qué. La señora parecía no mirar. Era guapa, a pesar de sus años; tenía interés. Yo sí la miraba. Comprenda, señor director; no tengo novia...

—¿La pisó usted, al levantarse, acaso...?

—¡Quite usted! allál Nada de eso. Bajaba el trolebús por la calle de Serrano a la altura del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuando yo, que pensaba apearme pronto, saqué la pitillera, esta misma que usted ha visto, señor director, y me puse un cigarro en la boca, para encenderlo cuando bajara, por supuesto. Pues bien: ¿le he dicho antes que la señora de las piernas bonitas parecía no mirar? ¡Si, sí! Abrió el bolso —también llevaba un bolso—, y, sacando una caja de cerillas de 0'35, me la ofreció con naturalidad. Con naturalidad, señor director. No sé cómo demonios me expresé en francés, yo, que apenas lo domino: —«Merci bien, mademoiselle; mais je crois qu' il est interdit fumer ici». No me respondió, señor director, y seguramente sabía francés. Sólo sonrió.

—¿Le echaron una multa, por fumar?

—No es por ahí. Después de esto, yo hubiera seguido hablando con ella usted comprenderá. Pero un caballero entrometido me dijo: —«Le van a llamar la atención». «No creo; me apeo en la próxima». «Usted perdone». «¡Vaya al infierno!», le hubiera respondido yo. En definitiva; me tuve que apea, señor director; lo había dicho. Saludé a la dama y refunfuñé al caballero. Eso es todo. Un poco después, hablaba yo con el amigo.

—¿Y bien...?

—¿Cómo que «y bien»? ¿Usted se da cuenta? ¡Hice mal, hice mal, señor director! ¡Me porté como un quintol! ¡Como un alumno! Mire: por más que vigilo, por más que busco cuando monto en el trolebús, ¡no la he vuelto a ver!

—Concretando, dijo el director...

II

—¿Alguna noticia, señor director? ¿Sabe usted algo? O todavía...

A través de los hilos del teléfono escucho la voz cascada del hombre de las gafas de concha.

—Pues sigan buscando, inquiriendo. Comprenda: me sigo acordando de ella. Lleven sombrero y vayan bien afeitados; es importante.

El hombrecillo bonachón parece que hoy lo es menos; pero, se oye muy poco lo que dice. Yo continuó:

—La ocasión no se presenta muchas veces en la vida. Había en ella algo que inquietaba; tenía interés. ¡Y qué piernas, señor director! Me ofreció las cejillas; seguramente fumaba. De que era inteligente, no tengo dudas; al menos, le gustaban los libros de poesía. ¡Si hubiera sabido que yo...!

Cada vez se oye menos lo que dice el director.

—¡Señor director, señor director! Sería un buen golpe. De no haberse cruzado aquel entrometido, otra cosa sería. Pero, ¿qué le importaría a él que a mí me llamaran la atención? ¿Es que no tengo un duro para pagar la multa? No lo pensé bien; debí soltarle cuatro frescas; se lo merecía...

Se ha cortado la comunicación; vamos, no creo que hayan colgado.

I I I

Cuando tengo que coger el teléfono me pongo nervioso. A lo mejor, hoy han descubierto ya... ¡Qué torpel Casi marco un cinco, en vez de un seis.

—Señor director: no puedo vivir sin ella. Sí, no tengo remedio. Usted comprenderá. Deben seguir buscando: puede haberle pasado algo, se puede haber ido de viaje; llevaba un saco y un libro de poemas. ¡Piénselo bien, recuerde que estoy inscrito! Necesito que...

O la Telefónica funciona mal desde que la cogió el Estado o el director está hoy de peor humor.

—Tiene que haber un medio, señor director. ¡Si usted hubiese visto qué piernas...! Me sonrió y todo. Comprenderá; tengo 30 años todavía... Si no hubiera sido por aquel caballero... ¿No cree usted que yo debí haber faltado a la cita del amigo? Para ver a un amigo siempre habría tenido tiempo, en tanto que...

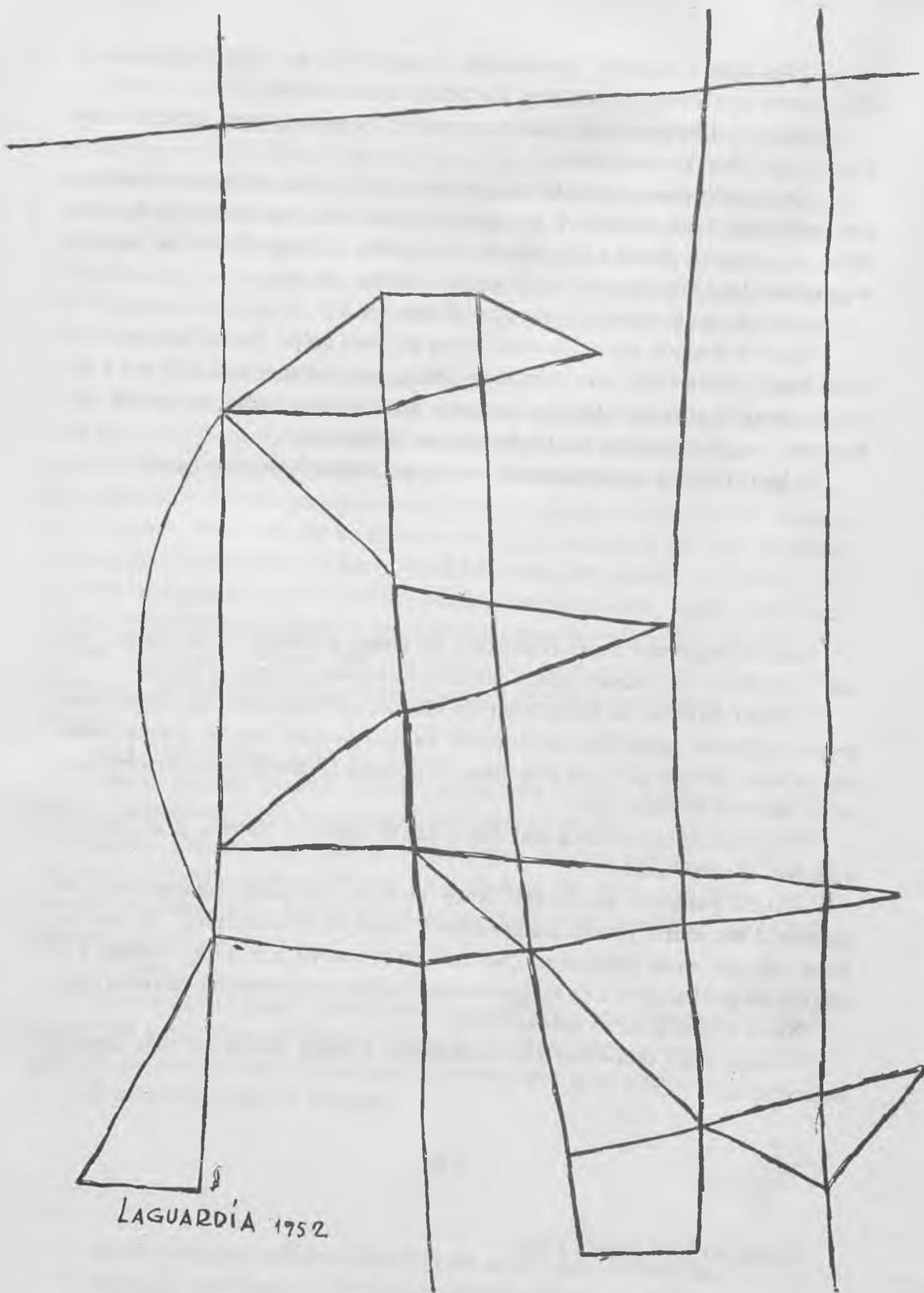
No sé lo que pasa en este teléfono.

—¡Oiga, oiga, señor director! Si mañana a estas horas no han logrado encontrarla...

I V

Nada; no la he vuelto a ver.

Gabino-Alejandro CARRIEDO.



LAGUARDÍA 1952

Dibujo de Laguardia

SOBRE LA CALLE

(A .Gabriel Celaya)

Estamos aquí todos en medio de la calle.

Este tiempo tan raro nos saca puerta a puerta,
nos tira sobre el ancho pavimento del mundo,
nos quita el poco de algo que nos calentó el pecho.

Estamos aquí todos mezclados, sin mirarnos.

Unidos por enconos, lejanos codo a codo.

Estamos ya sin una razón de contenernos:
si te odio te lo digo, te lo grito a los ojos.

Si te miro de cerca te veo pequeño, extraño,
te sé ignorante, inútil, te quiero diferente.

Si pienso que me observas como un buen bicho loco
te envuelvo en mi desprecio, te destierro lejano.

Tú pasas por mi lado haciendo que me ignoras.
te irrita mi memoria, te sientes ofendido.

Tu padre está enterrado con sus recuerdos fútiles
de un tiempo irresponsable, tu hijo no te entiende.

Podríamos pactar, aguantarnos distintos,
mirarnos cierto tiempo con alguna indulgencia,
hablar de buena fe... ¡Palabras, estupendas
palabras en las que ahora, ni al decirlas, espero!

Qué solitarios días estos de muchedumbres,
qué sin raíz los hombres forzando compañía.

Una fría marea nos empuja, entremezcla.

¿Como te llamas? ¿Qué haces parado o caminando

Me siento perforado por tu mirada dura,
tu acusación me sigue a todas partes. ¡Toma
y rompe mi memoria, mi nombre, mis promesas.
mis versos que no sirven para enlazar tu brazo!

Manuel PINILLOS.

D O S P O E M A S

CIRIO SIN MUERTO

*Es una luz sin hojas como cirio sin muerto.
Es un volar palomas sobre los proyectiles;
es una verdadera revolución sin sangre,
es un no dormir nada ni vivir boca abajo.
Es como si tuviéramos un planeta en el pecho.
Igual que si el zapato se llenase de vidrios,
así como si un ser se nos apareciera
y moviese los labios y no dijera nada.
Yo creo que esto es algo parecido a la pena,
yo creo que es la garra que se viste de raso.
Hay algo en el ambiente que me crispera los cisnes.
Y se mueren las ranas en mi pozo salobre,
mientras tanto Pepita se mete en un convento
y el punzón va buscando la vena de su novio.
No estoy algo tranquila, estoy casi selvática,
los muebles se estremecen y crujen pavorosos,
me muero y me despeino y no consigo trigo,
tan solo esta saliente joroba sin misterio.
Ha entrado una polilla y busca mis papeles.
Me voy a hacer amiga del portero esta noche,
el sabe que me escriben y no me lee las cartas,
debiera ir al estanque a ver que pasa al grifo,
es mejor que me esconda bajo la manta gruesa
y me quede dormida por si ahora estoy soñando.*

MENDIGO RUBIO

*Pedía limosna con una calavera en la mano,
se tapaba la boca con el hambre
y llevaba el sombrero de un difunto.*

*Decían las cornejas,
que echaba luces por la garganta y el lomo,
comía carne de ternera
y no sabía santiguarse.*

Vivió a base de trampas, especialista en cuentos.

*Sin nada extraordinario, llegó a pelambre cana,
murió como un bendito besándose los piojos.*

Gloria FUERTES.



De Antonio Gujarro.

CANTO DE AMOR Y VIDA

Ha sido necesario un gran esfuerzo,
la noche estaba dura, dura en verdad,
y jadeaba como un barco.

Todo el sabor de los días
ha recorrido las entrañas
como los perros vagabundos, hambrientos,
acompañados de las moscas.
El alma ha quedado tan desnuda
como una res desollada.

Vuelta otra vez a desandar lo andado.
La plaza cotidiana se adorna.
Unos hombres colocan sobre los carros
las personas, para contemplar un espectáculo
que no distingo bien.
Un tablado de cómicos
que en cada pueblo traen tristeza
a dos o tres personas.

La noche no se olvida con facilidad.
Los días caminan dentro de sus pantalones con rodilleras,
tambaleando por algún callejón oscuro,
abriendo y cerrando puertas.
El tiempo está desapacible,
un día cualquiera
que recordamos a los difuntos
con su traje gris conversando en familia.
La memoria se hace un pequeño lío.
No todo pertenece a lo que ha sucedido realmente
pero bien pudiera haber sido todo olvidado.

Todas las horas son importantes
y descansan tendidas en sus cunetas.

Hay algo cargado en el ambiente
cuya realidad no se puede tocar
pero tampoco se puede dudar de su existencia.

La respiración de un animal
es suficiente para perfumar unos años de vida.
Aquellas pocas veces que asistimos juntos a un cinematógrafo
y haber comido por casualidad en un restaurante económico
con facilidades de pago,
asistir a museos de prisa
y luego pasear por calles largas
donde el fastidio llegaba a bocanadas.
Todo ésto gotea como la lluvia a su tiempo.

Dentro de cualquier resplandor impertinente
hay algo de noche acogedora.

Con las manos a la espalda,
entre la niebla se puede vivir.
Hay voces intempestivas en las esquinas
y hombres que miran por encima del hombro.
Nada sería difícil
manchando a dos el mismo polvo del camino.
Al colocar la ternura junto a la taza de té
hay que estar prevenidos,
prevenidos contra el hastío que llega como una lámina.

En el sueño reside la desgana,
la cara más caprichosa de nuestro mundo
y no, por nuestro, bien siempre.
Un cuarto en el que nada valen las alas
ni se puede utilizar la huida ni la defensa.
Cuando llegues serás bien recibido,
apenas notarás el menor movimiento de impaciencia
y sin embargo se te esperaba desde hacía largo rato.
Nuestros destinos no se destacan por una señal especial en la lista,
una simple gorra de visera
o cualquier otra prenda de uso corriente

que no impersonalice, llevada de cierta manera
es suficiente por el momento.

Al desembocar de una experiencia
se llega a una tarde muy conocida
perdida tras una ventana clasificando cartas
o contestando la correspondencia atrasada.
Tarde pasada junto a un espejo
sin recordar haber visto en el propio rostro
si no algo parecido a unos guantes bajo el asiento,
a un gato sin uñas ni aparato digestivo
que sabe saludar con cortesía.
Así, resbalando hasta que el sol se oculta
entre unos matorrales que recuerdan la guata,
se vuelve otra vez a la puerta de entrada.

El polvo cae sobre los hombros.
La oscuridad se amontona a los lados del camino.
Al antes y al después se llega desde el mismo sitio.
Lo preferido es doblarse como una campana,
resonar en el hueco de una escalera.

Algunas puertas tienen señalado su destino.
Esto no lo han registrado los noticiarios cinematográficos.
Continúan agitándose las multitudes.
El tiempo ganado entre los libros
no es ninguna credencial para lo cotidiano.
La primer cana descubierta al tomar el desayuno
basta para empezar con desgana la tarea.

Había niebla y ha sido necesario un gran esfuerzo para salvarse.
Para salir de un vals se cierran los ojos
y se mantiene la voluntad bien despierta.
No siempre el vencedor es el primero que llega...

Había una vez una princesa que escogió al más humilde de sus
súbditos.

Antonio FERNANDEZ MOLINA.

A Q U I

*En la esquina de Sol donde los días apoyan
su frente dividida,
aguardo yo
—humilde y manso—
venteando peligros.*

*(Son peligrosos los suntuosos panegíricos
que templanza nos predicán;
y el trágico optimismo irreprimible
que la frente azoga;
y el contoneo sazonado de sigilos
de las palabras huecas).*

*Espero
porque la vida es bella aun vista desde abajo,
y aunque se asome a mi brocal un sucio
color sin dimensiones,
como mi pan,
mi nube,
y esparzo la simiente cara arriba.*

*Temo que insatisfechos brotes calen
la costra de mi espera
y olvide
por qué vine hasta aquí.*

*(Ya el tono jocundamente venenoso
de los que nada esperan se acerca;
ya la gota de pereza pesa en el párpado).*

Pero yo aguardo todavía.

Rafael MILLAN.



Gregorio Prieto

«Disparate» por Gregorio Prieto.

¡Liberarse del mundo!...

Tu entereza
se empieza a vertebrar con ambiciones.
No circunnavegar por la corteza,
sino morderle al viento los talones.

Volar, volar, volar... Llevar las manos
sobre un loco volante que se escapa.
Cogerle a la existencia los arcanos;
tirarle un tiro, y levantar su tapa.

(La tapa de unos sesos
donde queman los astros como besos).

o o o

Rosario enloquecido
de vivos automóviles fugaces.
Raya pintada al «duco» y al ronquido:
tormenta de matraces.

Motores y motores.
Flores de ruido y gasolina. ¡Flores!

o o o

...Pero parar por fin. La vida acaba.
Y aun antes de la meta. ¡Cualquier día!
Todo raudo neumático se agrava.
Y el motor no respira: neumonía.
Nuestro coche está rencoso.
¿Quién le tronó las patas al podenco?

o o o

Corre, vuela, hijo mío.
Pero lleva unos bonos de prudencia.
Parece la existencia un desvarío;
parece, mas no es eso la existencia.
Comprende. Goza. Sufre.
Y azúfrate tu vino cotidiano.
Tu Mina de Virtud te de su azufre.
La existencia es de Dios..., ¡y está en tu mano!

ODISEA DEL REPORTER

Sombrero no le falta
para cazar ideas como pájaros
o para saludar en optimista
dándole un golpe al ala.
Un blok y estilográfica
le bastan para hacer hervir el mundo
en la fogata gris de sus periódicos,
porque este hombre que acelera cables,
que vuela sobre pies de golondrinas,
venía como un dios —Nemrod omnímodo—
hacia el temblor del siglo.

Su gabardina surge,
silba por un andén, cuela un zapato,
dispara con magnesio.
Secretos que con cuernos
sucumben aterrados.
Ojos aparatosos tras sus gafas.
Redoblan en furor las linotipias
y ataca ya en bandadas,
curva su pico en el rubor del hombre:
todo el rubor del hombre, hasta su sangre,
corre vertido en tinta.

La Humanidad abre su cola y grazna.
Después abre el periódico.
Después, ved el periódico en el water.

Allá la vanidad, la boda, el crimen,
la capa de Inverness y hombros prestados,
el as de la patada a flor de cuero,
la intimidad violada en los hogares.
Columnas de papel y más papel
bueno para enterrar las suelas rotas,
para encrespar basuras en las calles.
La Humanidad se hace justicia: todo
lo precipita en sus detritus. Todo
de un modo subconsciente...

Pero he aquí al reporter
sacando la cabeza,
los ojos que le brillan como láminas;
los dedos no son dedos: ya son cables.
Y los brazos le suben como postes.
Su nariz se desmonta en lo más viento,
la oreja gira sola.
Todo él se agudiza y forma hilos.
Cruzan por él avisos, estertores,
eléctricas soflamas, pueblos, máquinas...
Su numen inmortal es ave-fénix.
Renace en las cenizas de otro día,
torna a volar sobre la luz creciente,
sobre el rumor febril de la colmena,
y aterriza otra vez con cara de hombre
y vuelve a sonreír con su sombrero.

Félix CASANOVA DE AYALA.

UN HOMBRE MUERTO

Se murió no hace mucho
y se quedó estirado
mirando el techo de su cuarto, triste.
Le cerraron los ojos. No querían
que viese la gotera renovada,
ni el desconchón, que simulaba entonces
de algún patriarca la cabeza augusta.
Ya nada le decían estas cosas
pues más muerto que estaba no podía.
El era un hombre de los tantos hombres
con una pierna coja por herencia.
Le gustaba el Casino, y sus divanes,
y conversar tranquilo los domingos.
Le gustaba bailar de vez en cuando
y ponerse la capa en el invierno
y le gustaban las mujeres siempre.
El hizo versos que leyó en la noche
con un café delante y con amigos,
creyéndose poeta y relatando
su eterno cojear entre los hombres.
Por eso nos llenamos de tristeza
al afirmar que no lo conocimos,
que no supimos nunca los secretos
que arrojaban los vuelos de su capa,
ni el dolor de acostarse cada noche
solo en la cama triste de una fonda,
después de haber pasado ante ventanas
que guardaban murmullos de dos voces.
El sólo conocía las esquinas
con olor a desagües de borrachos
y las casas amigas de la noche.
El sólo supo de perfumes tristes
en las alcobas sin suspiros hondos.
Por eso no miraba a los juguetes,
ni tenía un hogar en la mirada,
ni labios que besar, ni supo nunca
lo que es mecer a un niño que se duerme.
Pero ya se ha ido él con su sombrero
y su capa de diez generaciones.
Aún me parece ver al hombre ahora
bailando por la noche en el Casino.

León RAMOS.

Dos Libros con el hombre

«Del mal el menos»

por Gabino-Alejandro Carriedo.

Carriedo ha titulado su libro con prudencia algo inconcreta: «Del mal el menos». Este poeta de verdad brega con su bagaje de pasadas experiencias. Se nota detrás de sus poemas tanto y tanto verso. Pero también se nota tanta y tanta berrinchina, tanto y tanto dolor radical, que este niño bueno y loco que es Carriedo gana nuestro corazón y nuestro entusiasmo pese a su a veces predicado cinismo. Se le ve en su soledad y en su poema, cuando él escribe cartas al mundo desde el cuarto de su fonda. Es de esta generación de jóvenes sin objeto que van por la vida solos con una maleta que contiene vagas cosas que recuerdan, lejanamente, a casa. Y es de estos poetas de siempre que han decidido poner estas cosas en su verso. Y así es éste: humano, simpático, desgarrador, contradictorio. Tiene un gran sabor de poeta que ama las palabras —eso sí— pero trasciende intimidad y calor de hombre. Y cuando alguien lleva a sus versos este latido de lo humano su suerte de poeta está salvada. Así la de Gabino-Alejandro Carriedo.

“De hombre a hombre,”

por Manuel Pinillos

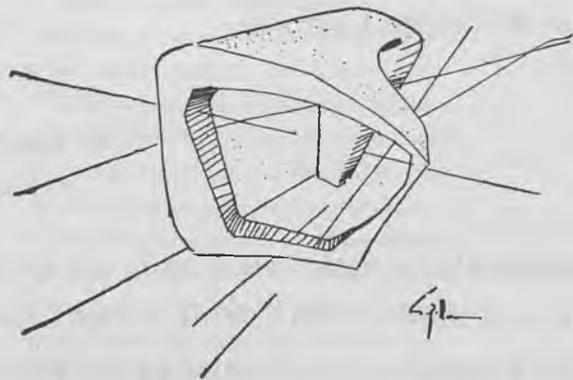
Los hombres de ahora están empezando a expresarse; cuando se encuentra uno con libros como este de Manuel Pinillos, tropiéza-se con acentos de lo propio. Y es desolado en verdad lo que el acento actual recarga en nuestras cosas. Algo bien lejano de la «pobre Larquilla» clásica. Porque no se trata de estar ante «las olas, sola». Ya —podríamos decir— no hay olas ni siquiera. Este encontrarse

de hoy se vincula a un último y radical desagrado frente a la nihilidad de todo y al inútil y personal disconformarse. Es como un frío viento gris y urbano de madrugada. De esos con mendigos postremos, traperos y demacrados jueguistas del Pío Baroja de los primeros tiempos. Pero más sin fe, todavía más sin esperanza.

Ni siquiera en este Manuel Pinillos «De hombre a hombre» se orienta la vida hacia un sentido con su muerte a lo Heidegger, sino que él está con su orgullo y su disgusto palpándose este cuerpo que encuentra desabrido. De vez en cuando —eso sí— la luz del sueño adolescente el pretérito de hierba y sol y alacridades, aclarando las cosas de antes, con recargo del total engaño que todo significa.

He leído este libro con susto. Temiendo no fuera acaso un poco demasiado voluntario. Porque un libro así tiene que hacerle a uno polvo si lo escribe o ser falso por completo. Pero tiene verdad y entraña y creo debemos saludarlo crudamente, con la cortesía descarnada que merece. Y apuntarlo también entre lo nuestro.

Por lo demás, añadamos que no hemos notado nada de particular en sus versos, como en definitiva se advierte en su prólogo. Ya pasó la época de la cantata a todo pasto. Todo el mundo lo sabe.



El dibujo de la portada es de Gregorio Prieto
y el de la última página de Madrilley.

Imprenta Provincial



Subvencions «Deucalió» la Excm. Diputació Provincial

ANTONIO REBORDAO NAVARRO (Portugal)

JOB HERNANDEZ (Méjico)

MARIO CAJINA-VEGA (Nicaragua)

CLIMENT

ANGEL CRESPO

MATHIAS GOERITZ (Alemania)

GABINO-ALEJANDRO CARRIEDO

LAGUARDIA

MANUEL PINILLOS

GLORIA FUERTES

ANTONIO GUIJARRO

ANTONIO FERNANDEZ MOLINA

RAFAEL MILLAN

GREGORIO PRIETO

JUAN ALCAIDE SANCHEZ

FELIX CASANOVA DE AYALA

LEON RAMOS

F. CALATAYUD

ANDRES BELLON (Méjico)

MADRILLEY

Una traducción de

A. F. MOLINA